

será lo que se ha obtenido en los laboratorios bajo la influencia del calor, de la luz y de la electricidad; constituir cuerpos organizados y aun orgánicos, de la naturaleza de los que contienen las plantas y los animales, pero no células orgánicas dotadas de vida."

JOSÉ M. SAAVEDRA GALINDO

Bogotá, Septiembre de 1906.

## PORMENORES ÍNTIMOS SOBRE TRES HOMBRES EMINENTES

### I

Sucedió lo que vamos á narrar, en París, en la Escuela Politécnica, la primera escuela de Europa. Había llegado el fin del año escolar, y catedráticos y estudiantes se estaban preparando á los concursos de las clases.

Un alumno que se estaba paseando en el salón de estudio se encontró un rosario. Un rosario! un rosario en la Escuela Politécnica! Júzguese qué sorpresa. El mozo aquel era uno de aquellos que se llaman á sí mismos *espíritus fuertes*, y que llegan á creerse hombres de genio, sólo porque han olvidado los consejos de su madre y las enseñanzas de la Iglesia. No podía creer lo que estaba viendo. Si habría algún estudiante capaz de rezar el rosario! Aquello sería una vergüenza para la Escuela, y era preciso lavar cuanto antes semejante mancha. La ocasión no podía ser más propicia: el concurso acababa de abrirse, y un joven que rezara el rosario no podía, ni debía ser admitido á la prueba. Pone en el secreto de sus planes á todos los camaradas que piensan con él, y no duda del éxito más completo.

Pasados los exámenes, presididos en aquella ocasión por un Mariscal de Francia, noble reliquia de tiempos gloriosos, el Mariscal pasa revista á los alumnos. Terminase con la acostumbrada voz de mando *Rompan filas!* Nadie

se mueve de su puesto; la orden de quedarse en formación había pasado de boca en boca, y la mayoría de los estudiantes estaba en el secreto. Entonces el presunto *espíritu fuerte* se adelanta con el rosario en la mano, lo cuelga de un árbol del patio; pone una mano en el puño de la espada, señala con la otra el rosario, y pregunta con fingida sonrisa: *¿De quién es eso?*

No había acabado de decirlo, cuando un alumno de los más jóvenes sale de la fila y responde: "El rosario es mío, me lo dio mi madre el día que me vine para París, y estaba yo muy triste por haberlo perdido." El que acaba de hablar, había obtenido una hora antes un triunfo brillante, porque se había ganado el primer premio del concurso. Tomó su rosario, lo guardó con gravedad, y volviéndose á los catedráticos les dijo con tono firme que llamó la atención al viejo Mariscal y á su séquito: "Señores, acaban ustedes de felicitar me por mi examen; si para ganar el premio es preciso no rezar el rosario, revoquen su juicio, que yo prefiero perder la distinción que me han otorgado á renunciar á una práctica que mi madre y mi religión me aconsejan."

"Bravo! bravo!" clamaron los estudiantes, y acompañaron sus palabras con una salva de aplausos sinceros y entusiastas. El Mariscal se acercó al alumno y le alargó la mano. "Joven, le dijo con emoción, conserve usted ese corazón magnánimo; y sea tan valiente para defender su patria como lo ha sido para confesar su religión; lo felicito á usted por su conducta."

El hecho que acabamos de narrar es histórico; y el héroe es un personaje muy conocido en Francia por su talento y su ventajosa posición. Hoy es ingeniero en jefe de una de nuestras principales ciudades.

### II

Uno de los mayores artistas del siglo XVIII, uno de los compositores más eminentes que ha visto el mundo, el

ilustre Gluck, el maestro de canto de María Antonieta, era fidelísimo devoto del Rosario. A esta práctica debió no contaminarse nunca, durante su larga y brillante carrera, con el contagio de las doctrinas irreligiosas, propias del siglo y de la sociedad en que vivió.

Como la mayor parte de los grandes artistas, Gluck aprendió los rudimentos de la música bajo las bóvedas de una catedral cristiana. Fue de niño cantorillo de iglesia. Era, dice uno de sus biógrafos, un chico endeble y descolorido cuando sus padres, humildes de condición y muy pobres, lo llevaron al preboste de la catedral de Viena, para que lo admitiese en la escuela de niños que se educaban para cantores litúrgicos.

En el niño aquel corrían parejas las prendas de la inteligencia con las del corazón, y unas y otras estaban realzadas por profundísima piedad. Tenía una voz tan admirable, tan fresca, tan pura, que cuando cantaba se llenaba la catedral de apretado gentío, que escuchaba absorto aquellos acentos que parecían salir de garganta angélica. Iba creciendo el niño en el arte y en la virtud; conmoviase hasta el llanto cuando el órgano llenaba las bóvedas del templo con religiosas melodías; y, mientras los camaradas de Gluck estaban en recreación, solía encontrarsele pensativo recorriendo las desiertas naves de la catedral. Por la tarde, cuando los rayos del sol poniente, pasando al través de las pintadas vidrieras, esmaltaban las losas del pavimento de esmeraldas y rubíes, el niño se postraba y se quedaba inmóvil y enajenado, meditando y orando.

Una tarde, después de vísperas, cantó mejor que de costumbre la antifona de la Virgen. Al salir de la iglesia, topó con un religioso que lo estaba esperando, y que lo abrazó con efusión. "Hijo, me has hecho verter las lágrimas más dulces que he derramado en mi vida; y no tengo con qué pagártelas. Pero, mira, toma este rosario y consérvalo como un recuerdo de Fray Anselmo. Rézalo todos los días, y si eres fiel á esta práctica, serás grande

entre los hombres." Gluck continuó rezando el rosario cuotidianamente. Tan pobre estaba su familia que no podía prestarle auxilio alguno para continuar estudios. Entre tanto llegó á la juventud, sin olvidar el consejo del P. Anselmo.

Una tarde oyó golpear á la puerta de su infeliz cuartucho: lo buscaba un famoso maestro de capilla, que, encargado de ir á Italia á recoger las obras de Palestrina, se llevó á Gluck consigo y se encargó de hacerlo continuar los estudios, tan feliz aunque penosamente principados.

Gluck siguió á pasos agigantados por el camino del arte, sin descuidar los preceptos de la Religión ni los consejos de la piedad. En la corte de Viena, tan poco religiosa entonces, en medio de las alegrías, de las diversiones, de los placeres, por las tardes se veía al célebre compositor alejarse de todos, y como lo hacen los sacerdotes para recitar el oficio divino, buscar la soledad para rezar el rosario. Y cuando después de una existencia larga y gloriosa, vino la muerte á tronchar aquella vida, lo encontró aparejado y listo para el viaje. Un cuarto de hora antes de expirar, rezó por última vez el rosario, y con el del P. Anselmo en las manos se fue á ver á la Virgen María y á oír los conciertos de los ángeles en el paraíso.

Abate LARFEUIL

### III

• En otra ocasión referí cómo conocí al profesor Récamier, en medio de los horrores del cólera de 1832, y cuáles fueron mis impresiones de admiración y terror. Cuatro días más tarde empecé á estudiar medicina, compré todas las obras del insigne maestro, y pronto me engolfé en su tratado pavoroso sobre el cáncer.

Las notas que sirven de apéndice á aquella obra importante son de tal concisión, de tal profundidad, que es preciso leerlas muchas veces para comprenderlas, y meditar-

las muy despacio para apreciarlas en todo lo que valen. Pobre novicio como era yo entonces, no podía ver claro en semejante asunto, y los pocos pasajes que entendía bien me deslumbraban como relámpagos y me hacían hervir el cerebro. Récamier me parecía en lo moral como me había parecido antes en lo físico. Deseaba yo que me presentaran al sabio, pero temblaba de que llegara el momento de lograrlo.

Entre los amigos íntimos del ilustre profesor se contaba uno de aquellos hombres que parecen enviados por la Providencia para hacer amable la Religión. De joven había sido oficial de caballería, tenía apellido ilustre y modales de príncipe. El conde Malet—así se llamaba—abrazó el sacerdocio en la edad madura, y reunía á una piedad profunda toda la amenidad y gracia que distinguen al mundo elegante.

Mi padre, que también era militar, tenía tan estrecha amistad con el conde Malet, que todos los días, á hora fija, iba á conversar con él un largo rato. Aquella reunión se realizaba con puntualidad militar, y había llegado á ser para uno y otro amigo una necesidad, una obligación.

Cierta tarde, mi padre me convidó á que lo acompañara. “El abate está algo indispuerto, me dijo, y es muy probable que M. Récamier lo vaya á ver, y será para ti buena ocasión de conocerlo de cerca.”

Claro está que acepté; pero cuando entrámos á casa del venerable eclesiástico, me saltaba el corazón; tanta era entonces mi timidez de muchacho.

Récamier no había llegado aún; tuve tiempo de serenarme y de volver en mí. Y como el abate era tan bueno, tan afable, tan cariñoso! Una larga y honda cicatriz, resulta de un sablazo, le dividía la frente. Tenía porte de soldado, movimientos y andares de gran señor, y una mirada tan blanda y una frase tan dulce y acariciadora, que al cabo de un cuarto de hora de visita estaba yo tan á mis anchas como si me hallara en mi propia casa.

De repente ábrese la puerta y el camarero anuncia: *el señor doctor Récamier*. Me pareció que me acababan de dar un puñetazo en el pecho, y una niebla opaca me pasó por los ojos. El doctor entró con viveza, abrazó con efusión al dueño de casa, contestó con una venia nuestro respetuoso saludo, y empezó á conversar. Por supuesto que yo no tomé parte en la plática; sentado en la orilla del taburete, medio oculto á la sombra de una cortina, y tratando de hacer una especie de biombo con mi sombrero, me volví todo ojos, todo oídos.

Récamier me había parecido en la calle, en la universidad duro y severo; aquí resultaba afectuoso y alegre; sus libros me lo habían mostrado abstracto y oscuro, su conversación me lo enseñaba claro y luminoso. La escena terminó de la manera más inesperada para mí.

Alzóse Récamier para despedirse, cuando hizo un gesto como de quien recuerda algo de mucha importancia. Volvió á poner el sombrero en la mesa, colocó junto el bastón de puño de oro, y se metió la mano á un bolsillo del pantalón.

—Vea usted qué cosa! Se me olvidaba un asunto muy grave.

—¿Qué es?, preguntó el sacerdote.

—Que me ha sucedido un fracaso.

—Vamos á ver.

—Un fracaso que usted puede remediar.

—Diga usted.

—Una fractura que usted puede reducir, una operación de cirugía menor que voy á encargarle.

Y diciendo esto, el profesor, sacando la mano del bolsillo, nos mostró..... adivine el lector: un rosario reventado. Me quedé en babia. El, el gran Récamier, el eminente profesor, encargado de enseñar no sólo en la Escuela de Medicina sino en el Colegio de Francia, el médico de los grandes, de los príncipes, de los reyes mismos, el hombre de reputación europea, rezaba el rosario como un doc-

trino, como un seminarista, como una beata! Y como en aquel hombre no había afectación ni fingimiento, lo rezaba de veras, con devoción, y lo contaba con un candor, con una sencillez!

—Ya lo saben ustedes, nos dijo, mirándonos con dulce sonrisa, soy amigo de rezar el rosario. Cuando estoy inquieto por algún enfermo, y se me acaban los recursos, y la medicina se me declara impotente y la terapéutica ineficaz, me valgo del que lo sabe curar todo. Sólo que es preciso hacerlo con diplomacia. No tengo tiempo de conversar largo con Dios, y me valgo de la Virgen, rezándole, mientras voy á casa de mis enfermos, una ó dos decenas del rosario. Nada más fácil, como ustedes lo comprenden. Voy sentado tranquilamente en mi coche, meto la mano al bolsillo, y entro en conversación. El rosario me sirve de intérprete; pero como lo hago trabajar todos los días, está cansado, está enfermo. Por eso le ruego al Sr. Abate que me le dé una consulta, lo opere si es preciso, y, en fin, que me lo cure.

Mi padre apoyó con una frase, yo con una reverencia; el Conde de Malet prometió curar el enfermo y Récamier salió.

Años después, cuando ya el sabio insigne me honraba con su amistad, me dijo un día, con aquel lenguaje colorido, pintoresco, excéntrico que le era propio:

—Mi amigo, el rosario es una campanilla, y cada ave-maría es un repique. Cada día llega á París una multitud de papamoscas, que vienen á interceder ante las autoridades, á suplicar á los poderosos y á los ricos. Para que lo admitan á uno en las Tullerías se necesitan empeños, pedir audiencias, tener amigos en las cumbres; para penetrar á un ministerio hay que dar pasos, ganarse la voluntad de los empleados, hasta del portero, hasta de los barrrenderos de la oficina. Para hablar con la Virgen María, tira uno el cordón de la campana; es decir, coge el rosario, la puerta se abre, presenta uno su memorial, y, como la

Señora es tan buena, lo despacha siempre favorablemente, á no ser que tenga gravísimas razones en contra.

Y en prueba de su aserto, me refirió la historia siguiente. Renuncio á escribirla como él me la dijo, porque la pluma no alcanza al calor y á la luz habituales en el narrador. Los que conocieron á Récamier, figúrense cómo sería en sus labios semejante anécdota.

Asistía como médico á un joven recién casado que vivía en la calle du Bac, á algunos pasos de la iglesia de las Misiones Extranjeras; y el doctor estaba muy preocupado, por dos razones: la primera, porque era amigo viejo de la esposa y de su familia, y cuando Récamier llegaba á querer, no era por un día ni por un año, ni á medias. La segunda razón era que el enfermo le parecía gravísimo, casi sin esperanza; y uno de los distintivos del doctor era que mientras las dolencias eran más terribles, más se empeñaba en combatir las; cuanto el enemigo estaba mejor armado, tanto más luchaba por alcanzar el triunfo.

Después de tres meses de batallar, á pesar de la destreza y ánimo del médico, la derrota llegó para él, con su acompañamiento obligado de pesares, lágrimas y desesperaciones. Hay enfermedades superiores á todos los recursos de la ciencia humana.

Atacado de hipertrofia en el corazón, el paciente estaba sin cesar expuesto á una de aquellas rupturas fulminantes que se llaman aneurismas. Contra este primer peligro, Récamier conservaba muchas esperanzas. Había encontrado medios de encadenar el centro de la circulación, de impedir los saltos bruscos, de suavizar los choques perturbadores.

Mas de repente aparece una nueva enfermedad, mal profundo, casi siempre incurable: la tuberculosis pulmonar. Espustos de sangre anunciaron la aparición del nuevo enemigo, y á poco el examen médico demuestra que ambos pulmones están invadidos y casi devorados, desde la base hasta la cima. Era aquello la sentencia de muerte, irrevoc-

cable, sin apelación, y ante la cual el médico no podía hacer otra cosa que inclinar la cabeza.

Pero cuando no se puede sanar al enfermo, queda el deber de consolarlo; y Récamier, no obstante el pesar que le causaba aquella lenta derrota, reaparecía todas las mañanas con palabras de aliento, con remedios para aliviar los padecimientos postrimeros.

Una de aquellas ocasiones, asustado por la demacra- ción creciente y el menguante pulso del enfermo, le aus- culta el corazón y el pecho; percute todas las paredes del tórax, y vuelve á poner el oído. En ese instante necesitó toda su energía para no dejar conocer en el semblante lo que acababa de saber: la sentencia de muerte iba á ejecu- tarse dentro de muy pocas horas. Salió con la dolorosa convicción de que no tendría que volver, y como la familia era católica y muy piadosa, Récamier, que creía que ya el enfermo estaba administrado, se contentó con decirles á las señoras, que estaban llorando: "Animo, mis señoras, y vamos á pedirle á Dios por él." En seguida le recomen- dó á un criado que estaba en la escalera, que lo llamara cuando sobreviniera la catástrofe.

Por la tarde, no habiendo recibido noticia alguna, se fue á la calle du Bac. Antes de entrar, le preguntó al por- tero: "¿Qué noticias?"—"Parece que lo mismo," fue la respuesta. Récamier subió, meneando la cabeza; y, gol- peando las gradas de la escalera con su grueso bastón, se iba preguntando cómo había podido el enfermo vivir doce horas, después del estado en que se hallaba al amanecer. Le esperaban nuevas sorpresas. Al día siguiente, por la ma- ñana, el enfermo estaba vivo; á la tarde, lo mismo; al ter- cer día temprano, no había muerto; al anochecer, tampoco.

"Esto es increíble, se decía el ilustre práctico: los pulmones, como si no existieran; la hipertrofia ha redu- cido la cavidad del pecho de un modo desmesurado; fisio- lógica, aun mecánicamente, la respiración es imposible. Le he visto á ese muchacho un escapulario y una medalla al cuello; ¿si será que la Virgen nos lo quiere curar?"

Con esa esperanza, subió las escaleras de cuatro en cuatro, encontró la puerta de la alcoba providencialmente abierta y se entró de rondón, sin anunciarse con el cam- panillazo acostumbrado. Hallóse en presencia de una esce- na inesperada.

—Te lo ruego, mi amor, decía la esposa bañada en lágrimas.

—Ya verás, hijo de mi alma, decía la madre del mo- ribundo, arrodillada junto al lecho y con la mano de su hijo entre las suyas, trémulas de emoción; ya verás cómo eso nos va á hacer felices á todos: los sacramentos atraen la misericordia de Dios, devuelven la salud, aceleran la convalecencia.

—Vamos á ver, ¿qué sucede?, dijo el doctor.

—Míra, dijo la madre levantándose, aquí está el doc- tor que lo sabe por experiencia. ¿No es cierto, doctor, que los últimos Sacramentos han curado á muchos enfermos de peligro?

—Sí! es cierto! respondió con calor Récamier, para quien fue una verdadera revelación lo que acababa de oír.

Desgraciadamente el enfermo, agitado ya por las instancias de las mujeres, se irrita al ver á un extraño de testigo de aquellas intimidades de familia, y revolviéndose en la cama, con la rabia de un hombre exasperado:

—Déjenme! déjenme todos! murmura con voz apa- gada; me están atormentando inútilmente; me están tor- turando del modo más horrible; me están matando, me están asesinando!

En ocasiones semejantes, el eminente médico se trocaba en elocuente apóstol, y tengo convicción de que sería tan difícil contar las almas que salvó como enumerar los enfermos que devolvió á la vida. Pero en esta vez el hom- bre práctico, con su penetrante experiencia, vio en aquella discusión un riesgo amenazador, un peligro inminente. Nadie ignora hasta qué punto son funestas las emociones á los enfermos amenazados de aneurisma; qué fácil es

apagar la última centella de vida en un tísico próximo á sucumbir. Por lo tanto, Récamier hizo señas á las señoras de que guardarán silencio.

—Vamos, mi amigo Federico, deme usted acá esa mano, y no riñamos. ¡Su mamá..... su excelente mamá, su mujercita y yo, no queremos sino una cosa..... que se alivie de sus sufrimientos físicos y que conserve mucha tranquilidad de espíritu. Conque procure no hablar, acuéstese bien quieto, yo vengo mañana temprano. Buenas noches.

—Señoras, murmuró en la antesala, mucha prudencia; no hay que hablarle al enfermo; y pídanle á Dios que haga fructificar las buenas palabras que han sembrado ustedes en aquella alma. Le he visto un escapulario puesto; la Virgen le ha prolongado la vida casi por milagro. Ella acabará la tarea. En estos casos se impone un régimen de..... avemarías.

En casa de Récamier se rezaban en común las oraciones de la noche; práctica excelente, lo digo de paso, que introduce en el hogar doméstico todos los hábitos de la vida cristiana y garantiza la observancia de todos los preceptos religiosos; porque al mérito de la oración individual añade la persuasión del buen ejemplo.

Aquella noche, antes de terminarlas con la señal de la cruz como de costumbre, el jefe de la casa pidió que se rezasen tres avemarías por la intención de un enfermo casi agonizante, y se rezaron con particular fervor.

Al levantarse, Récamier se apoyó en el espaldar de la silla que le había servido de reclinatorio, y el ángulo del mueble tropezó con el bolsillo del chaleco en que tenía el finísimo cronómetro de oro. Quizá por efecto del choque se reventó el muelle y produjo al distenderse un zumbido que oyeron todos los circunstantes.

—¿Qué fue?, le preguntaron.

—El diablo que salió huyendo, les respondió festivo, y les mostró el cronómetro que acababa de pararse.

Al otro día, Récamier salió de su casa, á pie, á las seis de la mañana y se encaminó rápidamente á la calle

du Bac. Todos estaban en la casa radiosos de alegría; la madre le da las gracias, la esposa le estrecha la mano con efusión. El enfermo, que se ha hecho bajar á un sillón, apenas lo ve cuando le grita:

—Venga, señor doctor, venga; soy feliz, porque acabo de reconciliarme con el que usted ama tanto. Deme usted un abrazo.

Récamier lo complace, se sienta á su lado. Entonces le cuentan todos los pormenores: Federico mismo, sin nueva insinuación, pidió un sacerdote, y después de confesarse solicitó el Viático y la Extrema Unción. Cinco minutos después, el recién convertido se incorpora un momento, sonríe, exhala un suspiro profundo, y ese suspiro fue el último. Federico acababa de morir.

Una hora más tarde, Récamier estaba tratando de consolar á las pobres mujeres que habían pasado de repente del gozo á la pena, al dolor más abrumador y acerbo. Les recordó cómo la Virgen le había prolongado la vida al enfermo, le había dado la voluntad de confesarse, le había otorgado tiempo y lucidez intelectual y cordiales disposiciones para hacerlo bien. Y luégo, por distraer discretamente la pena de las infelices, les preguntó:

—Y á qué hora pidió el sacerdote?

—A las nueve y media, le respondieron.

A esa respuesta, Récamier saca su cronómetro, lo mira y exclama:

—¡Las nueve y media! Precisamente en el instante en que terminamos tres avemarías por Federico. Lo sé porque en ese momento el reloj se dañó, y ustedes ven que marca las nueve y veintiocho. Confíen ustedes en que la Virgen que les salvó á su marido, á su hijo, les dará fuerzas para resistir esta tremenda prueba.

DR. JULES MASSÉ